



NORA ROBERTS

EL PRIMER Y ÚLTIMO AMOR

En la pequeña ciudad de Boonsboro, la familia Montgomery trabaja contrarreloj para convertir el histórico hotel, casi en ruinas, en un elegante hospedaje lleno de encanto. Los preparativos para la inauguración avanzan a buen ritmo y Owen Montgomery, el más organizado de los tres hermanos, controla cada detalle del trabajo. Lo único que no podía prever eran los sentimientos que Avery MacTavish despertaría en él. Avery es la dueña de la pizzería de delante del hotel y está fascinada por el proceso de renovación. Se interesa por el diseño de cada rincón, y Owen está más que dispuesto a enseñarle los progresos diarios. En el colegio, Owen había sido su primer novio y desde entonces siempre ha ocupado un lugar especial en su corazón. Sin embargo, Avery no está preparada para volver a enamorarse, y este primer amor tendrá que luchar y esforzarse mucho para reconquistarla.

Índice de contenido

[Cubierta](#)

[El primer y último amor](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[Autora](#)

A Dan y Charlotte.

Por la confianza que os permite teneros el uno al
otro.

Por la generosidad y la envergadura de ese
abrazo.

Por el humor que ilumina vuestras vidas.
Y por el amor, poderoso e intenso, que lo une
todo.

Amor buscado es bueno,
pero dado sin buscarlo es mejor.

SHAKESPEARE

El corazón tiene razones
que la razón no entiende.

PASCAL

1

Una luna llena de invierno derramaba luz sobre la piedra y el ladrillo vetustos del hotel de la Plaza. Bajo sus rayos, los porches y puntales nuevos relucían y el luminoso cobre del tejado centelleaba. Lo viejo y lo nuevo —pasado y presente— se ensamblaban allí en un maridaje sólido y feliz.

Sus ventanas permanecían oscuras esa noche de diciembre, ocultando en sombras sus secretos. Pero, en pocas semanas, brillarían como las demás de la Main Street de Boonsboro.

Desde su camioneta, a la luz de la Plaza, Owen Montgomery echó una ojeada calle abajo, a las tiendas y pisos engalanados de Navidad. Las luces titilaban y parpadeaban. A la derecha, un precioso árbol adornaba el gran ventanal del apartamento de la segunda planta. La residencia temporal de su futura gerente reflejaba su estilo: absoluta elegancia.

Las próximas Navidades forrarían el Hotel Boonsboro de luces blancas y follaje. Y Esperanza Beaumont pondría su precioso arbolito delante de la ventana del apartamento de la gerente, en la tercera planta del hotel.

Miró a su izquierda, donde Avery MacTavish, propietaria de *Pizzería y Restaurante familiar Vesta*, tenía el porche principal engalanado de luces.

Su piso, el de encima de la pizzería —antes propiedad de su hermano Beckett—, también lucía un árbol en la ventana. Por lo demás, sus ventanas estaban tan oscuras como las del hotel. Trabajaría esa noche, pensó, observando el ja-

leo del restaurante. Owen se revolvió en el asiento; no soportaba verla detrás del mostrador.

Cuando la luz del semáforo cambió, giró a la derecha, hacia Saint Paul Street, y luego a la izquierda, al aparcamiento de detrás del hotel. Después estuvo sentado en la camioneta un instante, pensando. Podía acercarse a Vesta, se dijo, tomarse una porción de pizza y una cerveza, quedarse por allí hasta la hora del cierre. Luego podía darse una vuelta por el hotel.

En realidad, no era necesario que se diera una vuelta por el hotel, se recordó, pero no había estado en la obra en todo el día, pues había andado de reuniones y otros negocios de la empresa de construcción de la familia Montgomery. No quería esperar a la mañana para ver lo que sus hermanos y los trabajadores habían hecho ese día.

Además, Vesta parecía concurrido, y apenas quedaba media hora para el cierre. No es que Avery fuera a echarlo a patadas cuando cerrara, al menos eso creía. Más bien se sentaría a tomarse una cerveza con él.

Tentador, reconoció, pero debía hacer esa ronda rápida por el hotel e irse a casa. Tenía que estar en la obra, con sus herramientas, a las siete de la mañana.

Salió de la camioneta al aire gélido y cogió las llaves. Alto como sus hermanos, más bien delgado, se puso la cazadora mientras rodeaba el muro de piedra del patio en dirección a las puertas del Vestíbulo.

Sus llaves eran de varios colores, algo que sus hermanos creían una cursilada y él juzgaba práctico. En cuestión de segundos, pudo refugiarse del frío en el edificio.

Encendió las luces y se quedó allí, sonriendo como un imbécil.

El mosaico decorativo resaltaba el suelo, añadía más encanto a las paredes claras con su particular zócalo de madera de color crema. Beckett había estado muy acertado al insistir en que se dejara al descubierto el ladrillo de la pa-

red lateral. Y su madre había dado en el clavo con la lámpara de araña.

No era ni clásica ni moderna, sino más bien orgánica, con sus ramas de bronce y sus estrechos globos flotantes centrados sobre ese mosaico. Miró a la derecha, observó que se habían pintado los baños del Vestíbulo, con su moderno alicatado y sus lavabos de mármol verde.

Sacó su libreta y anotó algunos retoques necesarios antes de cruzar el arco de piedra hacia la izquierda.

Más ladrillo visto, sí, a Beckett le chiflaba. Las estanterías de la lavandería revelaban una organización implacable, y eso era cosa de Esperanza. Con voluntad férrea, había conseguido echar a Ryder de su oficina en la obra para organizarla.

Se detuvo en lo que sería el despacho de Esperanza y vio el sello de su hermano Ryder allí: los caballetes y una lámina de contrachapado como su improvisado escritorio; el grueso archivador blanco —la biblia de la obra—, unas herramientas y latas de pintura.

Esperanza no tardaría mucho en echar a Ryder de allí también, supuso Owen.

Prosiguió, y luego se detuvo para admirar la diáfana cocina.

Habían instalado ya las luces, aquella gran pieza de hierro situada sobre la isla, y una versión algo más pequeña junto a cada ventana. También habían colocado los armarios de maderas cálidas con notas de color crema y el suave granito que tan bien sentaba a los electrodomésticos de reluciente acero inoxidable.

Abrió el frigorífico y se dispuso a coger una cerveza. Conduciría en breve, se dijo, y optó por una lata de Pepsi en su lugar, luego anotó que debía solicitar cuanto antes la instalación de las persianas y los acabados de las ventanas.

Ya casi estaban listos para esa fase.

Continuó hasta Recepción, hizo otro repaso visual y volvió a sonreír.

La repisa de la chimenea que Ryder había hecho con una vieja plancha gruesa de madera reciclada combinaba perfectamente con el viejo ladrillo y la chimenea abierta. De momento, plagaban el lugar lonas de polipropileno, latas de pintura y herramientas. Tomó algunas notas y retrocedió, pasó el primer arco y se detuvo al cruzar el Vestíbulo camino de lo que sería el Salón porque oyó pasos en el segundo piso.

Atravesó el siguiente arco, que llevaba, por un breve pasillo, hacia la escalera. Observó que Luther había estado trabajando en la barandilla de hierro, y la acarició mientras empezaba a subir.

—Vale, alucinante. ¿Ry? ¿Estás ahí arriba?

Una puerta se cerró de golpe y le hizo dar un respingo. Al llegar arriba, frunció sus ojos azules y tranquilos. A sus hermanos les gustaba cabrearle, y no sería él quien le diera a ninguno de los dos un motivo de pitorreo.

—Oooh —dijo fingiéndose asustado—. Será el fantasma. ¡Qué miedo!

Giró hacia la fachada principal del edificio y vio que la puerta de la suite Elizabeth y Darcy estaba, desde luego, cerrada, al contrario que la de Titania y Oberón, que se encontraba enfrente.

Muy gracioso, pensó, mosqueado.

Se acercó despacio a la puerta con intención de abrirla de golpe, entrar de pronto y posiblemente darle un susto al que fuera de sus hermanos que le estaba vacilando. Agarró el pomo redondeado, tiró hacia abajo con cuidado y empujó.

La puerta no cedía.

—Para, gilipollas. —Pero, a su pesar, rio un poco. Al menos hasta que la puerta se abrió, al mismo tiempo que las dos del balcón.

La ráfaga de aire gélido le olió a madreselva, agradable como el verano.

—Madre mía.

Casi había aceptado que tenían un fantasma, casi lo creía. A fin de cuentas, había habido algunos incidentes, y Beckett se mostraba inflexible al respecto. Tanto que incluso la había llamado Elizabeth, en honor a su habitación preferida.

Sin embargo, aquella era la primera experiencia personal, directa e indiscutible de Owen con el espectro.

Se quedó boquiabierto, viendo cómo la puerta del baño se cerraba de golpe, volvía a abrirse y se cerraba de nuevo.

—Vale. Uau, vale. Eh, perdona que te moleste. Yo solo... —La puerta se le cerró en las narices, o lo habría hecho de no haberse retirado a tiempo para evitarlo—. Eh... vamos. Que a estas alturas nos conocemos de sobra. Paso por aquí casi todos los días. Soy Owen, hermano de Beck. Ah, y vengo en son de paz y todo eso.

La puerta del baño volvió a cerrarse de golpe y el portazo le provocó una mueca.

—Cuidado con los materiales, ¿vale? ¿Qué te pasa? Yo solo... Ah. Lo pillo.

Carraspeando, se quitó su moderna gorra y se peinó el recio pelo castaño oscuro con las manos.

—Oye, que lo de gilipollas no lo decía por ti. Creía que era Ry. Ya conoces a mi otro hermano, Ryder, ¿no? A veces es un poco gilipollas, tendrás que reconocerlo. Y yo aquí, en el pasillo, dándole explicaciones a un fantasma.

La puerta se abrió una rendija. Con cautela, Owen la abrió del todo.

—Solo voy a cerrar las puertas del balcón. Hay que dejarlas cerradas, de verdad.

Admitía que el resonar de su propia voz en el cuarto desierto le daba escalofríos, pero se metió la gorra en el bolsillo del abrigo mientras se dirigía a la puerta del fondo, la cerró y echó la llave. Al llegar a la segunda puerta, vio encendidas las luces del apartamento de Avery encima del restaurante.

La vio pasar por delante de la ventana, o tal vez fuera un destello de su figura.

La ráfaga de aire cesó; el aroma a madreSelva se endulzó.

—Ya te he oído antes —masculló sin dejar de mirar las ventanas de Avery—. Beckett dice que le avisaste la noche en que ese cabrón, con perdón, de Sam Freemont fue a por Clare. Así que gracias. Se van a casar, Beck y Clare. Seguro que lo sabes ya. Él ha estado colado por ella prácticamente toda la vida.

Cerró la puerta al fin y se volvió.

—Así que gracias otra vez.

La puerta del baño estaba abierta, y Owen se vio en el espejo, con su marco curvado de hierro, encima del lavabo encastrado.

Admitía que tenía cara de susto, y el pelo que le brotaba entre los dedos le daba cierto aire espectral.

Automáticamente, volvió a pasarse las manos por el pelo para intentar calmarse.

—Solo estoy dando una vuelta, tomando notas. Andamos ya con los remates. Aquí no, claro. Me parece que los obreros querían terminar esta cuanto antes. A algunos les daba cierto reparo. Sin ánimo de ofender. Bueno... voy a terminar y me marcho. Nos vemos... o no... pero...

Lo que fuera, decidió, y salió de la habitación.

Pasó más de treinta minutos yendo de habitación en habitación, de planta en planta, tomando notas. A veces volvía el olor a madreSelva, o se abría alguna puerta.

La presencia de la fantasma —que ya no podía discutir— le parecía benigna. Pero tampoco pudo negar la leve sensación de alivio que le produjo poder cerrar el hotel hasta el día siguiente.

El hielo crujía ligeramente bajo las botas de Owen mientras hacía malabares con el café y los donuts. Media hora antes

del amanecer, volvió al hotel, se fue derecho a la cocina a dejar la caja de donuts, la bandeja de café para llevar y su maletín. Para animarse y porque estaba ahí, pasó por Recepción y encendió los leños de gas de la chimenea. Satisfecho con el calor y la luz, se quitó los guantes y los metió doblados en los bolsillos de la cazadora.

De vuelta ya en la cocina, abrió el maletín, sacó el portapapeles de clip y comenzó a repasar —una vez más— la agenda del día. Sonó el móvil que llevaba en el cinturón, indicándole que era la hora de la reunión matinal.

Se había comido medio donut de azúcar cuando oyó a Ry aparcar la camioneta. Su hermano llevaba gorra, una cazadora raída de trabajo y lucía su gesto ceñudo de «necesito más café». Bobo, el perro de Ryder, entró tras él, olisqueó el aire y luego miró con anhelo la otra mitad del donut de Owen.

Ryder gruñó y cogió un café.

—Ese es el de Beck —le dijo Owen sin apenas mirarlo—, como indica la «B» con la que lo he marcado.

Ryder volvió a gruñir y cogió el vaso marcado con una «R». Tras un trago largo, miró los donuts y se decidió por uno relleno de mermelada.

Al ver cómo agitaba la cola Bobo, Ryder le lanzó un pedazo.

—Beck llega tarde —comentó Owen.

—Has sido tú el que ha decidido que teníamos que reunirnos antes del amanecer. —Ryder le dio un buen mordisco al donut y lo mojó en el café. No se había afeitado, y una barba de varios días cubría los ángulos de su rostro. Pero con la cafeína y el azúcar, sus ojos verdes moteados de dorado perdieron en parte su furiosa somnolencia.

—En cuanto lleguen los trabajadores, no pararán de interrumpirnos. Eché un vistazo anoche cuando iba de camino a casa. Se os dio bien el día.

—Cojonudamente. Esta mañana terminaremos los remates de la tercera planta. Retoques y molduras, unas luces

y esos puñeteros toalleros eléctricos que van en un par de cuartos de la segunda. Luther está avanzando con las barandillas y los pasamanos.

—Ya lo he visto. He hecho algunas anotaciones.

—Sí, sí.

—Tendré más, supongo, cuando acabe de revisar la segunda y suba a la tercera.

—¿Y por qué esperar? —Ryder cogió un segundo donut y salió de la habitación. Sin molestarse en mirarlo, le tiró otro pedazo al perro, que trotaba a su lado.

Bobo lo cazó al vuelo con la precisión de un receptor profesional de béisbol.

—Beckett aún no ha venido.

—El pobre ya tiene mujer —señaló Ryder—, y tres críos. Hoy es día de colegio. Vendrá cuando pueda, ya se pondrá al día.

—Aquí abajo hay una pintura que necesita retoques —empezó Owen.

—Yo también tengo ojos.

—Voy a pedir que vengan a instalar cuanto antes todas las persianas. Si terminamos hoy con la tercera, puedo pedirles que empiecen con las cortinas a principios de la semana que viene.

—Los obreros han limpiado, pero es limpieza de obra. Hace falta otra en condiciones, pulirlo todo. Tendrás que comentárselo a la gerente.

—Hablaré con Esperanza esta mañana. También con el condado para que nos dejen empezar a amueblar.

Ryder miró de soslayo a su hermano.

—Nos quedan otras dos semanas largas, y eso sin contar las Navidades.

Pero Owen, como siempre, tenía un plan.

—Podemos terminar con la tercera, Ry, e ir bajando. ¿Tú crees que mamá y Carolee, por no hablar de Esperanza, no van a seguir comprando cosas cuando ya esté todo en su sitio?

—Me lo imagino. No interesa que estorben más de lo que ya lo hacen.

Cuando subían a la tercera, oyeron que se cerraba una puerta abajo.

—¡Estamos en la tercera! —gritó Owen—. Hay café en la cocina.

—Dios, gracias.

—Dios no ha comprado el café. —Owen pasó los dedos por la placa ovalada de bronce envejecido con la palabra GERENTE grabada en ella—. Un toque clásico.

—Este sitio está plagado de ellos. —Ryder bebió más café mientras entraban.

—Está quedando bien. —Owen asintió con la cabeza mientras daba una vuelta, entraba y salía de la cocinita, del baño y rodeaba los dos dormitorios—. Un espacio agradable y acogedor. Bonito y práctico, como nuestra gerente.

—Casi tan insufriblemente pejuguera como tú.

—Recuerda quién te proporciona los donuts, hermano.

Al oír la palabra «donut», Bobo se levantó de un salto y meneó el cuerpo entero.

—No hay más, colega —le dijo Ryder al animal, que con un suspiro perruno se desparramó en el suelo.

Owen echó un vistazo a Beckett, que subía por la escalera.

Se había afeitado, observó Owen, y le brillaban los ojos. Parecía algo alterado, como cualquier hombre, suponía, con tres niños de menos de diez años y el caos que generaban una mañana de colegio.

Recordaba bastante bien las suyas, y se preguntaba cómo sus padres habían podido resistirse a las drogas duras.

—Uno de los perros ha vomitado en la cama de Murphy —anunció Beckett—. Prefiero no tocar el tema.

—Por mí, bien. Owen está hablando de las cortinas y de empezar a amueblar.

Beckett hizo una breve pausa para rascarle un momento la cabeza a Bobo.

—Aún quedan retoques pendientes, pintura, remates.

—Aquí arriba, no. —Owen se acercó a la primera de las dos suites, el Ático—. Podríamos equipar esta suite. Esperanza podría trasladar sus cosas al otro lado del pasillo. ¿Cómo va la Westley y Buttercup?

—Está terminada. Ayer colgamos el espejo y las luces del baño.

—Entonces le diré a Esperanza que pase la fregona, que le saque brillo a esta planta. —Aunque confiaba en Ryder, revisaría la habitación él mismo—. Ella tiene la lista de dónde va cada cosa, así que puede bajar a Bast y pedirles que nos lo traigan.

Hizo unas anotaciones en su portapapeles de clip: envío de toallas y ropa de cama, compra de bombillas y demás. A su espalda, Beckett y Ryder se miraron.

—Supongo que vamos a amueblar.

—No sé a quién te refieres con lo de «vamos» —lo corrigió Ryder—. Desde luego no a mí ni a los obreros. Nosotros vamos a terminar la puñetera obra.

—A mí no me lieis —se eximió Beckett—. Yo tengo que hacer los cambios del proyecto de la panadería de al lado si todavía queremos trasladar a nuestro equipo allí sin mucha demora.

—Pues a mí no me vendría mal un poco de demora —masculló Ryder, pero fue detrás de Owen.

Owen se detuvo delante de Elizabeth y Darcy y le echó un vistazo a la puerta abierta.

—Beckett, no nos vendría mal que tuvieras una charla con tu amiguita, Lizzy. Asegúrate de que sabe que esta puerta tiene que estar abierta y las del balcón cerradas.

—Si está abierta. Y las del balcón, cerradas.

—Ahora. Anoche estaba un poco molesta.

Intrigado, Beckett arqueó las cejas.

—¿Ah, sí?

—Supongo que tuve mi propio encuentro personal con ella. Anoche vine a echar un vistazo y oí a alguien aquí arri-